

El Madrid de Vallejo

El Vallejo que Madrid conoce en 1925, que es el primer año que el poeta peruano visita la capital española, es un hombre de treinta y tres años, que ha publicado dos libros de poesía en su país: *Los heraldos negros* (1918) y *Trilce* (1922), año en que abandonó el Perú. Figuran también entre sus publicaciones, *El romanticismo en la poesía castellana* (1915) que fue su tesis universitaria; *Escalas Melografiadas* y *Fabla salvaje*, ambas aparecidas en Lima en 1923. La primera una reunión de prosas muy relacionadas tanto con los meses que pasó en prisión, como con su impresionante *Trilce*. Y la segunda, una breve novela de trazos rotundamente indígenas.

Llevaba dos años de residencia en París. Seguía siendo tan frugal en su conversación, como lo había sido en su pueblo, Santiago de Chuco. Y tenía la huella del hambre y de la incomodidad que determina la pobreza, en la mirada triste y en sus carnes magras. No era el hombre dado a quejas. Ni el plúmbeo fabulador de grandezas. Menos aún inveterado narrador exaltante de su propia obra. Se le vio discurrir por la ciudad sin el más mínimo intento de dejar huella. Sin otra intención que conocer Madrid, conocer a su gente, saber de su literatura, que era lo que más le importaba por aquellos años.

Quien hubiese leído entonces su poesía, habría visto nítido el rostro del poeta. Los versos de *Los heraldos negros*, transportando un dolor que parecía tener forma de tan claramente expuesto. Los de *Trilce*, ya sin las presencias modernistas. Enseñando la amargura de una vida horrída, pero no de una forma común, no como se versificaba en aquellos años en América Latina, tal vez, como se comenzaba a escribir poesía en Europa, o comenzarían muy pronto a escribirla los surrealistas. Pero con una carga mucho más densa de pesar. Un humor casi imperceptible, pero presente en cada poema.

Era octubre de 1925 cuando vino por primera vez a Madrid, y el motivo central de la visita se debía a que le habían otorgado una beca de 333 pesetas, con la que mitigaría su dura problemática en la Ciudad Luz. Por esa razón —la beca, lograda a través de la Legación peruana en España— debió volver en muchas oportunidades. Hasta que a los 35 años —dos más tarde— decidió renunciar a tal ayuda económica, considerando que era una vergüenza que a su edad debiera vivir apoyado en un premio de esta naturaleza.

En ese 1925, Vallejo había conseguido al fin un trabajo. Ingresó en el Bureau des Grands Journaux Ibero-Américains. Y, casi simultáneamente, lograba una colaboración en la revista limeña, *Mundial*. Todas estas novedades en el campo literario repercutieron sólo ligeramente favorables en el aspecto económico. Puesto que no se trataba de elevados honorarios sino todo lo contrario. Ese Vallejo de 1925, comenzaba a recu-

perar el optimismo, o cuando menos, la vaga ilusión que lo había traído a Europa. Volvían a él el deseo y la ambición de triunfar en esa tierra tan distante a la suya.

Pero España para él no era una tierra extranjera. Lo dijo y lo demostró desde su primera visita. Cuando se dispone a conocer Madrid, o si se es más concreto, a ir a recoger su primera mensualidad, escribe en un artículo publicado en *Mundial* lo siguiente: «Voy a mi tierra sin duda. Vuelvo a mi América hispana reencarnada por el amor del verbo que salva las distancias en el suelo castellano».

Una docena de años más tarde no sólo mostraría ese fervor por España en su poesía. También en su digno comportamiento de hombre dolido por lo que pasaba en la tierra hispana. Bastaría su *España, aparta de mí este cáliz*, para demostrar su amor. Y sin embargo se puede sumar a esos emocionados y hermosos poemas, su ansia de ser útil a la República española. Su deseo de colaborar, de aportar algo desde París. Y sus palabras finales, las últimas de su drama, pronunciadas bajo el negro imperio de la fiebre: «España, me voy a España» y expiró.

La crítica que aparece en el diario madrileño *El Imparcial*, y que firma Luis Astrana Marín, no es la primera noticia que se tiene del poeta en Madrid y menos aún en España. En 1923, en la revista *España*, que dirige Luis Araquistain, publica el poema, «Hay un lugar que yo me sé».¹ En 1924 en la revista coruñesa, *Alfar*² ofrece su relato «Los caynas»; y en ese mismo año y en la misma publicación, aparece una crítica suya sobre escultura. En todos los casos, estos trabajos están fechados en París. No obstante, en carta dirigida al conocido crítico peruano, Luis Alberto Sánchez, con fecha 18 de agosto de 1927, le manifiesta: «Le envió unos versos de la nueva cosecha. Usted sabe, mi querido Sánchez, que soy hartamente avaro de mis cosas inéditas, y, si me doy así para usted, lo hago en gratísimo impulso de plena simpatía intelectual. Para amigos tan grandes como usted, todo. Por eso van estos versos a usted. Son los primeros que saco a la publicidad después de mi salida de América. Aun cuando se me han solicitado poemas continuamente, mi voto de conciencia estética ha sido hasta ahora impertérrito: no publicar nada mientras ello no obedezca a una entrañable necesidad mía, tan entrañable como extraliteraria».³

Vallejo jamás fue hombre de dobleces, ni un pícaro que pretendiera seducir a los amigos para quedar bien. Todo lo contrario. Por eso llama la atención esta carta y la

¹ Mientras Willy Pinto dice, en su artículo «César Vallejo, en España», revista San Marcos, n.º 9, segunda época, junio-julio-agosto 1968: «El primer envío de César Vallejo a una revista literaria es un poema fechado en París en 1923 y publicado en España (ese mismo año), revista dirigida por Luis Araquistain», y transcribe el poema, Hay un lugar que yo me sé, que es en realidad el primer verso del citado poema. César Antonio Molina, en La revista Alfar y la prensa literaria de su época (1920-1930), Ediciones Nos, La Coruña, 1984, señala que el poema Trilce apareció en octubre de 1923 en Alfar, n.º 33. Dicho poema es idéntico al de España, revista que no hemos podido ver. Pero se puede deducir que el poema o fue enviado a ambas publicaciones, o una la tomó de la otra. Sobre Trilce o Hay un lugar que yo me sé, se ha escrito poco, pero para Larrea es un poema de producción posterior al libro del mismo nombre.

² El relato «Los caynas», aunque aparece en Alfar, n.º 39, de abril de 1924, como fechado en París el mismo año, es anterior y se halla incluido en Escalas melografiadas que publicó en Lima en 1923, poco antes de abandonar el Perú.

³ Epistolario general de César Vallejo, edición a cargo de José Manuel Castañón, Edit. Pretextos, Valencia, 1982.

publicación del poema antes mencionado. Tal vez el paso de cuatro años y los graves días de que se componía su vida parisina, le hicieron olvidar ese envío a la revista *España*.

Posteriormente, sí se hallarán otros trabajos del poeta de Santiago de Chuco, y, a partir de 1930, se comenzarán a encontrar críticas a sus libros publicados en España, y noticias sobre su presencia en Madrid.

La crítica de Astrana Marín que señalábamos, y que apareció el 20 de septiembre de 1925 —un mes antes de esa primera visita a que aludimos— tiene una ferocidad ilimitada contra el poeta y un compañero de aventura literaria, Alcides Spelucín, que no estaba en Europa sino en el Perú. Pero por la forma como el crítico enfoca ambas obras, se tiene la sensación de que ambos vates se hallan en tierra española. Lo que no se ha aclarado es la forma como *Los heraldos negros* de Vallejo (que es el libro criticado) y *El libro de la nave dorada* que firma Spelucín, llegaron a manos de Astrana. Tal vez fue el propio Vallejo quien los envió desde París. O quién sabe si fue Spelucín quien los hizo llegar desde su Trujillo natal. Sorprende que Vallejo no mandara una publicación más reciente, puesto que *Los heraldos ...* es de 1918. Y *Trilce* había sido publicado en 1922, a escasas semanas de la marcha del poeta hacia Europa. No creemos tampoco que existiera predilección por parte de su autor, de un libro sobre el otro.

Los lectores de esta crudelísima crítica, no la única que en ese tono sufrió Vallejo en vida⁴ debieron haberse divertido mucho leyéndola, y haber pensado que se trataba de enjuiciar a dos jovencitos peruanos ilusos, inexpertos y desproporcionadamente osados. La crítica contiene párrafos lapidarios: «Otro no menos ilustre que se firma tal César A. Vallejo llega también de tierras americanas en volumen que intitula: *Los heraldos negros*. Ese César ha creído que venir a España, ver y vencer sería todo uno».

«Veamos qué son los heraldos negros. No debe ser grano de anís. Pero el cantor no lo sabe con certeza. Quizá lo vislumbra en tehoría,⁵ como su compañero el de Trujillo. En la práctica escribe que hay golpes en la vida tan fuertes

...como si ante ellos
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma...

Y que son pocos. Y que... Pero el poeta sigue ignorando y exclama a cada momento: “Yo no sé” “Yo no sé”. Y si él no lo sabe, que los escribe ¿quién va a saberlo?»

Esto es sólo una muestra de la befa crítica que se le dedica a Vallejo, utilizando los versos del poema que dan nombre al libro. Todavía es más virulento el examen cuando llega a: «Esos golpes sangrientos son las crepitaciones / de algún pan que en la puerta del horno se nos quema». Es entonces cuando el crítico exclama despreciativo: «¿Lo sospechaba nadie? Un poeta metido a panadero, a quien se le quema el pan en la puerta del horno no se ve todos los días» (...) «¡Muy bien! La cuestión es ser original, huir de tópicos y frases de segunda mano». (...) «El verdadero pan lo trae en las alforjas don César Vallejo. Eso es meterse en harina: eso es pan tostado, puesto que se quema en

⁴ Luis Astrana Marín *El Imparcial*, bajo el título de «Los nuevos vates de allá», 20-IX-1925.

⁵ En la misma crítica y refiriéndose al libro de Spelucín, se burla de que este poeta escribe «tehoría», y utiliza este capricho poético en párrafos dedicados a Vallejo.